

TRINI BALART

# REVELACIÓN DE DRAGÓN



Áurea Ediciones

# Prólogo

“Melanie está destinada a salvar el mundo de los

dragones y es probable que el de los humanos también. Tu rol no solo será entrenarla sino también guiarla por el camino correcto para que su destino se cumpla, por esto la conexión y el cariño que sienten una por la otra”.

“¿A qué te refieres con salvar el mundo?”, preguntó aturdida.

“Se acercan temporadas oscuras para ambos mundos y no podemos hacer nada para evitarlo, se necesitarán salvadores y nuestras esperanzas están puestas, entre otros, en Melanie”.

“¿Estás diciendo que Melanie es la salvadora de la que todos hablan?”.

“Hasta ahora y desde hace un tiempo ella es una de las personas en las que tenemos mayor esperanza, pero no es la única”.

“Es una gran responsabilidad y quiero aceptarla, pero necesito tiempo y creo que ella también debería estar al tanto de lo que está pasando y en lo que nos estamos metiendo”.

“Ella se enterará cuando tenga que hacerlo, creemos que ella, sin saberlo, lleva preparándose un tiempo para lo que se aproxima; no creo que vaya a ser un impacto tan grande, habrá que tomarlo con calma y esperar el momento adecuado para informárselo”.

“Cuenta conmigo, iba a entrenarla de todas maneras. Háblame un poco acerca de lo que se aproxima, las temporadas oscuras”.

“Las leyendas eran ciertas, desde el comienzo de los tiempos han existido una posibilidad y una preocupación, pero ahora es inminente, Moisant se manifestará”.

# I

Era el último día de escuela, por fin acababa ese largo año. La verdad, solo quería que terminara. Habían sido doce meses muy extraños, no podría decir por qué, pero tenía el presentimiento de que algo iba suceder, algo grande, algo que cambiaría mi vida.

Mi nombre es Melanie May y tengo quince años. Mis padres son Vanessa Barigi y George May, unos de los arquitectos más destacados de Santiago. A los ojos de cualquiera se podría decir que somos la típica familia feliz, pero a diferencia de mis padres, yo quiero iniciar otro camino, no me conformaré con estudiar una buena carrera y ser reconocida. Yo deseo hacer algo diferente y siento que mi oportunidad se aproxima.

Seguía dándome vueltas en la cama cuando entró mi madre; llevaba una toalla enrollada al cuerpo y su largo cabello café oscuro estaba húmedo.

—Levántate, cariño. Se hace tarde —dijo con el tono amable y tranquilo de siempre.

Me miró como recordándome que era el último día de escuela, me besó la frente y se fue cerrando la puerta. Me quedé unos segundos más en la cama y luego me levanté, terminé de colocarme el uniforme, fui al baño y bajé a desayunar. Cuando entré en la cocina, mi madre estaba sirviendo mis cereales y exprimiendo el jugo de naranja de mi padre.

—Aquí tienes, querida —dijo, colocando el plato en la mesa.

—Gracias —respondí.

Me senté y comí rápido. Mi padre bajó las escaleras corriendo.

—¡Buenos días! —exclamó al tiempo que bebía el jugo de naranjas—. Tenemos que irnos, ya es tarde —me apuró.

Cada mañana mi padre me llevaba a la escuela antes de irse a la oficina. Se la pasaba todo el día de reunión en reunión, a diferencia de mi madre, que trabajaba la mayor parte del tiempo desde la casa. Así que tomé la mochila, me despedí y fui a la puerta. Afuera, pese a ser muy temprano, ya corría una brisa tibia. Sin duda sería un día caluroso. Me dirigí al auto, abrí la puerta del copiloto y entré, diez segundos más tarde partimos.

El trayecto hacia la escuela lo recorrimos en silencio; con mi padre sucedía algo extraño pero cómodo: ambos podíamos distinguir cuando el otro estaba en lo suyo y no quería conversar. Podíamos pasar horas sin decir palabra, sin incomodarnos. Cuando llegamos nos despedimos y bajé rápido del auto.

Al entrar a clases, mis cinco amigas estaban conversando en nuestros asientos, al final de la sala. Madrugaban para llegar temprano y poder sentarse a hablar. Mi compañera de puesto y mejor amiga era Montserrat Paulman. De largo

pelo castaño, ojos verdes y estilizada figura, no sé si era la chica más popular del colegio, pero sí del curso. Las gemelas Emilia y Antonia Mayer, castañas, de ojos café, eran tan idénticas que resultaba escalofriante. La única razón por la cual yo las diferenciaba era porque Emilia tenía el pelo liso y Antonia ondulado. Fernanda Crey era colorina de ojos verdes, y Laura Melmick tenía cabello rubio y ojos azules. Luego estaba yo, con mi pelo negro y ojos verdes. A pesar de nuestras aparentes diferencias, conformábamos una gran pandilla.

—Hola, Mel, ¿vendrás en la tarde? —preguntó Montserrat.

—Por supuesto —respondí.

Continuamos conversando sobre temas triviales hasta que sonó la campana, y entró la profesora; cada una se fue a su puesto y empezaron las clases.

El día transcurrió rápido. En el recreo llamé a mis padres para avisarles que iba a almorzar con mis amigas, me dijeron que estaba bien pero que no tardara mucho, pues tenían que conversar conmigo y eso nunca era bueno.

Apenas sonó el último campanazo, nos despedimos de nuestros compañeros y profesores, les deseamos buenas vacaciones y salimos veloces. Luego caminamos hasta un restaurant chino que quedaba a unas cuadras de la escuela. A pesar de que a esa hora estaba casi lleno, encontramos una mesa grande al fondo, nos sentamos y comenzamos a conversar mientras decidíamos qué ordenar. Después de un largo rato de analizar la carta elegimos el menú seis, ya que tenía de todo un poco. Pero por alguna razón se demoraba demasiado, así que Montserrat decidió ir a ver lo que sucedía.

—No, cálmate, deben estar ocupados —dijo Lau. Ella era la más tímida de todas nosotras y siempre se preocupaba de que no hiciéramos tonterías.

—Solo iré a preguntar —aclaró Montserrat, se puso de pie y volvió a los pocos segundos—. Ya lo traen —dijo con una sonrisa triunfadora.

—¿Que les dijiste? —preguntó Fernanda un poco preocupada.

—Oigan, tranquilas, no les dije nada malo.

—Es que a veces eres un poco... intensa —dijo Emilia.

—Por eso nos preocupamos —agregó Antonia.

—No tengo idea a qué se refieren —murmuró Montserrat, sentándose después de considerarlo unos segundos.

A los pocos minutos llegó nuestro pedido. Conversamos durante todo el almuerzo, al terminar nos dividimos la cuenta y nos fuimos al paradero de buses. Odiaba tener que irme en bus a casa, pero cuando lo hacía con mis amigas no era tan terrible, aunque esperamos más de veinte minutos. Nos instalamos en los últimos asientos y nos fuimos todo el camino hablando de los amores de verano, dónde iríamos con la familia y lo mucho que nos íbamos a extrañar. Yo era la primera en bajarme, me despedí deseándoles unas lindas vacaciones y me fui.

—¡No dejes de escribirnos, Mel! —oí que gritaba Montserrat por la ventana, pero cuando me di vuelta para responder el bus ya se había ido.

El bus me dejaba a un par de cuadras de la casa, así que me fui caminando y pensando en qué haría durante el verano. A diferencia de los años anteriores, mis padres no habían planeado ningún viaje que yo supiera y cada vez que les preguntaba sobre las vacaciones cambiaban de tema.

Cuando llegué, me pregunté qué sería eso tan importante que tenían que hablar conmigo.

—¡Mamá! —grité esperando una respuesta

—Estamos acá —respondió ella desde el comedor.

Me di vuelta y vi a mis padres, sentados uno frente al otro en la mesa. Me acerqué mordiéndome los labios. Mi padre hizo un gesto para que me instalara en la cabecera, quedando en medio de ambos. Los observé en silencio durante unos minutos, los más incómodos y largos de toda mi vida. Intercambiaron varias miradas nerviosas y, como ninguno de los dos decía nada, intenté presionarlos un poco.

—¿Y entonces?

—Mel —dijo mi padre con tono sereno, pero había un rastro de incomodidad en su voz que no me gustó—. Tu madre y yo tenemos algo importante que decirte.

Tanto misterio comenzaba a inquietarme: mi padre no se alteraba con facilidad, pero en ese momento podía ver la preocupación en sus profundos ojos café. Su frente estaba perlada de sudor, y no hacía calor dentro de la casa.

—Oigan, basta de tanto misterio, me están asustando —comenté.

—Hija, quiero contarte una historia —dijo mi madre haciendo una pausa para enseguida comenzar con su relato—. Hace miles de años, en las tribus mapuches que vivían en la cordillera, nació un pequeño llamado Fiñmangen, que significa Ser Curioso. Desde niño siempre tuvo una extraña conexión con la naturaleza, pero conforme fue creciendo se interesó más y más en los volcanes. Estudió todo lo relacionado con sus explosiones y descubrió algo que bautizó como cinturón de fuego, un conjunto de fronteras de placas tectónicas que se extendía alrededor de cuarenta mil kilómetros de longitud, poseía cuatrocientos cincuenta dos vol-